

RAICES AEREAS

Paul Streeten

Nací en 1917, en territorio del que, por un poco de tiempo más, todavía era el imperio austro-húngaro. En los años entre las dos guerras aún resonaban sus ecos imperiales. Me considero por ello como un cierto experto en decadencia imperial, no sólo porque viví esa etapa, sino que más tarde pasé por el declinante Imperio Británico, para no mencionar a los Estados Unidos de la era posterior a Vietnam y Watergate.

Nací con el nombre Paul Hornig. Mi padre murió cuando yo no tenía todavía dos años. Era un hombre de negocios, un comerciante, y según todos los testimonios una persona de muchos intereses y un gran conversador; contaba con esa prontitud de ingenio tan común en la brillante Viena. Después de su muerte, nosotros (mi madre, mi hermano menor y yo) nos fuimos a vivir con una hermana de mi madre, que era casada y que después tuvo dos hijas. Crecí en esta familia extendida, con dos madres, porque quien nos cuidaba en realidad era Anninaedel (este era el nombre que los cuatro niños le dábamos a mi tía Anne), en tanto que mi madre dirigía un pequeño negocio de géneros.

Tuve una infancia feliz. Mi madre y sus tres hermanas estaban muy ligadas entre sí; junto con sus maridos, atraían un colorido grupo de admiradores. Willy Reich y Siegfried Bernfeld fueron los consejeros de mi educación sexual (aunque sus consejos no hayan sido seguidos plena y escrupulosamente); Otto Neurath, el positivista lógico, científico e inventor de isótopos, estadístico descriptivo, se interesaba por nosotros. También había varios psicoanalistas, como Otto Fenichel, un traductor de Shakespeare llamado Flatter, periodistas y políticos, un novelista de nombre Brunngraber, un compositor. Karl Popper formaba parte de un grupo que los domingos jugaba pelota en el bosque vienés, pero no era considerado entre los más brillantes. Mi tío Paul Stein tenía en el diario social-democrático *Arbeiterzeitung* una columna regular que llevaba el título "Doctor del pueblo". Paul Lazarfeld y Marie Jahoda, a la que encontré nuevamente en la Universidad de Sussex, realizaban un estudio sobre el desempleo.

Hacia 1922 aparece uno de mis primeros recuerdos sobre asuntos económicos, al haber escuchado una conversación entre adultos en tiempos de la hiperinflación austriaca. Teníamos por entonces un *hausfreund* abogado (particularmente cercano a mi tía Anninaedel), Walter Froehlich, quien tuvo una cierta influencia sobre mi posterior elección de la profesión de economista. Era miembro del grupo que gravitaba en torno a Mises, Haberler, Ha-yek y Machlup. Era un *liberal* en el sentido manchesteriano, pero también en política, porque defendió a muchos prisioneros políticos de la izquierda en la época de Dollfuss y Schuschnigg. Walter Froehlich tenía una gran admiración por la construcción teórica y un cierto desprecio por la investigación empírica. Entre sus anécdotas favoritas se encontraba una sobre la visita de la señora Einstein a un grande y moderno observatorio. "¿Qué hacen ustedes con estos telescopios?" preguntó. "Bien", le respondieron, "miramos las estrellas para comprender si las galaxias se están alejando, y buscamos comprobar la teoría de la creación continua del universo en contraposición a la de un *big bang* inicial", "Ah, ya entendí", dijo ella, "es del tipo de cosas que mi marido hace utilizando la parte trasera de sobres viejos". Aunque era de religión católica, Froehlich era de orígenes hebreos. Emigró a la Marquette University de Milwaukee y fuimos amigos hasta su muerte.

En Austria, entre las dos guerras, no era difícil adquirir una conciencia social. Recuerdo que cerca de los ocho años de edad me pidieron que escribiera un tema con el título "Quien no trabaja que no

coma”, y escribí una arenga en contra de los ricos ociosos. Desarrollé actividades políticas desde la edad de diez años: marchaba, era portabandera, cantaba, participaba en manifestaciones. Hasta el año de 1933 estas actividades eran legales: posteriormente se desarrollaban en la clandestinidad, bajo amenaza continua de arresto. Llevaba mensajes, especialmente durante, el ataque a los trabajadores por parte de Dolfuss en 1934, participaba en reuniones, distribuía ilegalmente hojas de información. El movimiento juvenil socialista ocupaba la mayor parte de mi tiempo y de mis intereses y, si bien ya no comparto muchas de las opiniones de entonces, el espíritu que las sostenía está aún muy presente en mi pensamiento. El socialismo austriaco, o austromarxismo, era una ramificación muy particular del socialismo radical. Aunque leíamos a Marx y a Engels y a los socialistas utópicos, Otto Bauer (el jefe del partido) le había dado una orientación keynesiana aun antes de la *General Theory*, de manera tal que en el partido convivían objetivos finales revolucionarios y estrategias intermedias de fuerte connotación democrático-reformista.

Tanto el Partido Cristiano Social como los socialdemócratas tenían sus ejércitos privados: *Heimwehr* y *Schutzband*. Creo que estos contribuyeron a la inestabilidad política de Austria, al incendio del *Justizpalast* en 1927 y al sucesivo deterioro de la cohesión política. Cuando, casi medio siglo después, como miembro de la Royal Commission on Environmental Pollution me ocupé de los reactores de fertilización rápida, consideré, de acuerdo con otros miembros de la comisión, que la principal amenaza de dichos reactores no venía de accidentes o de sabotajes o de ataques terroristas, sino de la necesidad de armar al personal para proteger las centrales energéticas y del peligro de que dichas tropas privadas pudiesen reprimir las libertades civiles y exacerbar las tensiones políticas.

Gran importancia tuvo en mi infancia Max Adler, un estudioso que trató de combinar a Marx y a Kant (y, además, gran admirador de mi tía Annimadell). Él argüía que no solamente el tiempo, el espacio y la causalidad son categorías *a priori*, sino que también lo es la referencia a otras conciencias racionales, el *a priori* social. Todo pensamiento (y naturalmente la moral), la razón tanto pura como práctica, se refieren inevitablemente a otras mentes racionales. Adler trataba de purificar al marxismo del materialismo vulgar. Yo encontraba su enfoque y su filosofía fascinantes. Él era también hegeliano, y argüía que se logra el progreso cuando la clase oprimida derriba el injusto sistema de explotación y establece una síntesis más alta, en la cual las "contradicciones" de tesis y antítesis el viejo orden son superadas. ¡Desafortunadamente, todas las experiencias sucesivas de los movimientos de liberación han mostrado que los oprimidos, cuando adquieren poder e influencia, frecuentemente adoptan algunos métodos peores que los de sus opresores!

Seguí, cuando todavía iba a la escuela, las lecciones de Max, Adler, de Moritz Schlick, el filósofo asesinado con arma de fuego en un aula de la Universidad de Viena, de Erich Voegelin, de la pareja de psicólogos Buehlers. Me impulsaba sólo en parte el interés por el estudio, aunque me gustaba leer filosofía, psicología y sociología, pero más aún me motivaba el fervor revolucionario. Con mi grupo organizábamos expediciones al bosque de Viena, acampábamos, y nos encontrábamos en un *heim* para discutir de política.

El movimiento juvenil, del cual era miembro activo, tenía sus raíces en los años precedentes a la Primera Guerra Mundial, cuando gente como Wynecken elevaba la juventud a un fin en sí misma, exaltando un estilo de vida juvenil en contraposición a la cultura urbana, burguesa. Sus miembros llevaban sandalias y camisas con el cuello abierto, rechazaban el cigarro, el alcohol, las salas de baile (bailar alrededor de una fogata en el campo era aceptado) y otras características de la vida ciudadana; se sentaban al aire libre alrededor del fuego y practicaban el amor libre. Al principio este *Wandervogel* no tenía contenidos políticos. Pero la juventud no puede ser un fin en sí misma. Después de 1918, en

un mundo trastornado por la guerra. *Wandervogel* fue asumida por movimientos juveniles que se hicieron políticamente extremistas, sea de izquierda o de derecha. Tanto la juventud hitleriana como los *Roten Falken* (los halcones rojos) habían heredado algo del *ethos* del movimiento juvenil prebélico. Recuerdo cómo esto dio lugar a curiosos conflictos interiores: ¿podíamos contribuir a la organización de una reunión sindical en la que se bebiera cerveza? (Éramos ardientes adversarios del alcohol, además del cigarro) ¿Debíamos participar en reuniones obreras en las que se fumaba? Largos debates se dedicaban a estos dilemas.

He tenido dos conversiones, o mejor dos cambios de rumbo: uno a la edad de 15 años y el otro a los 18. La primera me alejó de las marchas, los campamentos, los ejercicios atléticos y la vida de grupo en beneficio de los intereses privados e intelectuales, por aquel entonces psicología y sociología. Comenzó con la lectura de algunos artículos de Alfred Adler, el fundador de la psicología individual y se combinó con la psicología social, interesada en la mejor manera de educar a los niños,, tanto en familia como colectivamente, yo recogí la idea de que la educación comunitaria era la mejor. Cuando obtuve la licencia de estudios superiores presenté una tesis *matura*, una disertación facultativa, sobre la psicología de masas. Las lecturas que realicé para ella y el escribirla me dieron gran placer.

El segundo cambio surgió un par de años antes de alejarme de Austria, y me preparó al enfoque inglés de la política. Me alejó de la acción revolucionaria hacia las reformas democráticas, del colectivismo al individualismo, de la doctrina de partido hacia la conciencia individual. En particular empecé a dudar del principio comunista según el cual el fin justifica los medios, y me di cuenta de que ciertos medios deben ser rechazados, por más bueno que pueda ser el fin último. Se trató, a un nivel puramente personal de un “shifting involvement” del tipo analizado por Albert Hirschman (a quien conocería y admiraría más tarde) en su libro *Shifting involvements: Private interest and publication*, el paso de un intenso involucramiento en la política y la vida pública a un período de interés por los asuntos privados. Rousseau había dicho que la sociedad es tanto mejor cuanto más tiempo dedican los ciudadanos en ocuparse de la cosa pública y cuanto menos dedican a los asuntos privados. Con esta concepción simpatiqué siempre menos, en tanto que daba más razón a Oscar Wilde, según el cual el socialismo absorbía demasiadas veladas. Comencé a deplorar el tiempo dedicado a cuestiones organizativas. Continué sin embargo participando en grupos de discusión política (Helen Bauer, la esposa de Otto Bauer, dirigía uno), aunque mi cambio de pensamiento se reflejaba en el hecho de que discutía no sólo cuestiones políticas sino también sobre literatura, psicología y sociología. Me sucedió entonces que pude conocer al psicólogo August Aichhorn, cuyo libro *Juventud intratable* tuvo sobre mí una profunda impresión. Intelectualmente continuaba siendo un socialista radical, pero emotivamente me había convertido en un conservador. Puede no ser fácil comprender que este era un paso muy difícil porque mucha de la filosofía del movimiento juvenil clandestino estaba más en línea con las enseñanzas de Bakunin y de Lenin que con la socialdemocracia. Este paso fue facilitado, sin embargo, por la aparición del Frente Popular, la alianza de todas las fuerzas antifascistas, que entonces era promovido por los comunistas.

Había comenzado a estudiar leyes en la Universidad de Viena y superado la primera *staatspruefung*. La jurisprudencia era en Austria el camino académico a la sociología y a la economía política, pero mi motivación principal era la necesidad de ganarme la vida y yo pensaba convertirme en abogado. Frecuenté las lecciones de Othmar Spann, un economista autoritario que subrayaba el todo como preeminente sobre las partes. Presentaba al universo como una gran mente omnicomprendiva, del cual el Estado, la Nación y sus Instituciones (universidad, Iglesia, bolsa, etc.)

son aspectos más sustanciales e importantes que cualquier individuo. Ilustraba de manera eficaz esta concepción con una caminata imaginaria por el *Ringstrasse*, en la cual se pasaba de la bolsa a la *Votivkirche*, a la universidad, a los museos de historia natural y de arte. A pesar de no haber digerido nunca su filosofía política, me había interesado y dejado fascinar por este hombre. Cayó en desgracia con el nazismo y creo que pasó algún tiempo en prisión (estaba más en línea con el austrofascismo prehitleriano). De una manera totalmente diferente, quedé impresionado por la enseñanza y los escritos de Hans Kelsen, filósofo del derecho de tradición positivista. Su escepticismo y relativismo contrastaban con el absolutismo y universalismo de Spann.

En Viena existían cantores y músicos de "corte". No cantaban en la corte de los Habsburgos, sino que tocaban o cantaban en los patios de los edificios habitacionales. Los habitantes de los edificios envolvían algunas monedas en periódicos y desde la ventana lanzaban el paquetito al patio -muchas veces para que los músicos de "corte" se fueran y regresase la paz y el silencio.

Estos cantores se convirtieron a mis ojos en figuras paradigmáticas que después me indujeron a dudar de la capacidad del ingreso nacional en medir el bienestar económico. He aquí el caso de personas capaces de extraer dinero de otros a cambio de eliminar una molestia creada por ellos mismos. No producían un bien sino un "mal" y obtenían en pago un "antimal". Se trataba de una rara excepción o ¿era típico de otros pagos contabilizados normalmente como beneficios netos? Las molestias o los "males" pueden ser generados por nuestros enemigos, por la naturaleza o por el propio sistema económico. Aquellos generados por nuestros enemigos requieren un ejército y armas de defensa -que podrían no ser considerados por algunos como incremento en nuestro bienestar económico-. Los "males" generados por la naturaleza requieren de "antimales" de la protección contra el frío y el calor, contra las estaciones y el hambre, todo aquello que es necesario para mantener el cuerpo saludable; ¿no deberíamos deducir también esto de nuestras cuentas, quizá no como desagradable necesidad, como lo es la defensa, sino como una precondition para el ingreso neto?

¿Qué diríamos de los antimales que eliminan las molestias provocadas por la contaminación o por la publicidad y la presión social de la imitación? Si la gente adquiere desodorantes porque se les ha inyectado el miedo de ser echados a un lado por no utilizarlos, ¿no sería similar la situación a la de los cantores, o peor aún, del ladrón que exige un rescate o del extorsionador que exige dinero (aunque la ocasión del rescate podría no haber sido creada por él mismo)?

Y sin embargo no toda solicitud de remoción de una sensación inducida por la necesidad y que requiera recursos puede ser considerada como un antimal. Algunos de los deseos más refinados, como también de los más bajos, han sido creados por estímulos "artificiales". El deseo de verdad, de bondad y de belleza, precisamente de igual manera al deseo de correr a un mal ejecutante de música, ha sido creado, en el primer caso por el educador y en el segundo por el músico. El que toca música puede producir ruidos tan lastimeros que se le paga para que desaparezca con su instrumento, o puede producir melodías celestiales por las cuales estaríamos felices de dar una fortuna. Por lo tanto, al decidir qué cosa es buena y qué cosa es antimal, qué cosa incrementa nuestro bienestar y qué cosa se limita a devolvernos a la situación inicial, no podemos hacer a un lado los juicios de valor. Fue este descubrimiento el que me indujo a mirar a la ciencia económica como una disciplina ética, y como una disciplina compenetrada de hipótesis controversiales.

En la fase final del régimen de Schuschnigg, la universidad recibió la recomendación de dar un adoctrinamiento político católico. Esto es debíamos escribir ensayos de filosofía política en línea con el austrofascismo. Lo cual dio ocasión para ejercicios literarios totalmente contrarios a las propias

convicciones, con un cierto gusto similar al del “publicista” que debe exaltar un producto en el que no cree. Existía una fuerte disonancia con mis conocimientos, pero ninguna disposición de mi parte a adecuar mis propias creencias ante lo que me presionaba.

Las cosas cambiaron radicalmente cuando, el sábado 12 de marzo de 1938, los nazis marcharon sobre Viena. Un mes antes del *Anschluss*, por pura casualidad, nos habíamos cambiado de un departamento en el distrito VIII a una casa en el distrito XIII. Si no hubiese sido por este cambio, estoy seguro de que hubiera sido arrestado y enviado a un campo de concentración. Estaba en varias listas, y el hecho de que era hebreo y políticamente activo en la izquierda habría sido suficiente. Se realizaron investigaciones en nuestro antiguo departamento pero no me traicionaron. Creo que un oficial de las SS, amigo mío, borró mi nombre de la lista de personas que debían ser arrestadas. Fui testigo de la histeria que se adueñó de la ciudad el día de la anexión: caminaba por las calles y veía a las masas aplaudir a los carros armados nazis. Los vieneses, famosos por *gemuetlichkeit*, revelaron rostros distorsionados por odio mezclado con éxtasis, mientras gritaban histéricamente “HeiHitler”, “SiegHeil”, “Ein Volk, ein Reich, ein Führer”. ¡Fue un espectáculo deplorable y espantoso!

Los intentos realizados por abandonar el país fueron totalmente casuales: China, Perú, Estados Unidos, Inglaterra, cualquier país del que se pudiera primero obtener la visa. A veces señalábamos a ciegas con el dedo sobre el mapamundi para determinar el país de destino. Por fortuna al otro lado de la calle vivía un funcionario del consulado británico, quien ayudó a conseguirme una visa (las colas frente al consulado eran interminables); gracias a algunos amigos ingleses obtuve las referencias y el primer domicilio en Inglaterra. Fui el primero de la familia en salir.

La transición desde la turbulencia, la histeria, el temor y los horrores de Viena, a la paz y la tranquilidad de los "Principal's Lodgings" de un *college* de Cambridge, adornado por una encantadora hija del *principal*, fue una experiencia extraordinaria. Llegué poco antes de la *mayweek*, en cuyos festejos participé, aunque hablaba aún poco inglés. En lugar de canciones políticas había himnos en la capilla del *college*; en lugar de discusiones políticas sobre las relaciones sexuales, guiados por los libros de Ernst Fischer sobre la crisis de los jóvenes, se recibían lecciones teológicas sobre el sexo en las relaciones extramatrimoniales. A pesar del parecido superficial, los asuntos subyacentes no podían ser más diferentes. Estaba encantado, aunque también asombrado por la vida del *college* de Cambridge, por la belleza de los Backs, por los paseos en barca sobre el Cam, y por la manera en que la gente se vestía para la comida, cantaba madrigales en los claustros del *college*, asistía a los conciertos y también por la forma en que veían el mundo con ojos serenos e ignorantes.

El grupo de personas que se habían preocupado por mí en Inglaterra se había dado el nombre de "Knighthood" (Orden de Caballería) o “Blue Pilgrims” (Peregrinos Azules). Tenían su sede en una casa llamada *The chantry* en Sevenoaks y cada uno era conocido con un nombre simbólico de la orden de caballería. La fundadora, Beatrice Hankey, se hacía llamar Ayuda, otros se llamaban Caridad, Fe, Esperanza, Romanza, etc. Los miembros de la Orden de Caballería eran santos que habían encontrado una causa digna en ayudar a los refugiados austriacos. Dos hermanas particularmente hospitalarias, Marjorie y Dorothy Streeten, que vivían en Hartfield, Sussex, me abrieron con generosidad su casa. En aquel período quedé impresionado por el cristianismo práctico del grupo, y en particular de mis anfitriones los Gibson de Cambridge y luego las Streeten. Ellos pensaban que yo tenía creencias

religiosas. Yo no había crecido en ninguna religión y no tenía conciencia de ser hebreo hasta que fui atacado en la escuela. Cuando estaba en la escuela maternal regresé una vez a casa preguntándoles a mis tíos: “¿Soy hebreo?”. El movimiento juvenil era ateo. Pero ahora me gustaba ese sentimiento oceánico y me sentía particularmente atraído por la moralidad práctica de la Caballería. Sus miembros trabajaban mucho también en favor de los desocupados; eran los servidores domésticos de la historia; ponían orden en el desorden hecho por otros.

Pronto me di cuenta de que mi cambio de dirección me colocaba en posición contrastante y me alejaba de mi gran amigo de aquellos años ingleses, Bill Davies. Era hijo del diácono de la Catedral de Worcester y de una señora muy amable que era parte de los “Blue Pilgrims”. Bill había estado en *Balliol* y cuando lo conocí enseñaba filosofía en la Universidad de Aberdeen. Vivía en el *Bothy*, un edificio para profesores en la vieja Aberdeen. Poco después logró una *fellowship* en el *all souls* y me invitó a ir con él; fue aquella mi primera entrada a Oxford. Ahí encontré a A.L. Rowse, Radcliffe Brown y otras luminarias, con los cuales tuve placenteras conversaciones durante sus veladas.

Bill, que venía de una vida en el interior de la catedral, de una familia con riquezas propias y del estilo de vida eduardiano de los ricos, se había convertido en comunista, aunque no aprobaba el pacto entre Hitler y Stalin. Cuando estalló la guerra salió inmediatamente como voluntario en la marina y murió heroicamente cuando el crucero *Electra* fue hundido en el Pacífico. Había una balsa de salvamento pero no era suficientemente grande para recibir a todas las víctimas. La última vez que se le vio, se alejaba nadando.

Pasaba las vacaciones con Bill, explorando y acampando. Tenía una imaginación deliciosa, tanto analítica como poética, lírica como épica, y era capaz de realizar sueños de fantasía a partir de las circunstancias más banales: de la forma de las nubes o de las ramas de un árbol. Le di a conocer a Herman Hesse y a Otto Neurath y él me mostró a Yeats. Pero nunca llegamos a concluir nuestra tensión entre los caminos opuestos de religión y política radical, entre asuntos públicos y privados.

El International Student Service me buscó un puesto en una universidad, y con su característica generosidad la Universidad de Aberdeen (de la que proverbialmente se hacían chistes por su tacañería) fue la primera en ofrecerme uno. Alec Cairneross era el secretario del "Scottish International Student Service", a él le debo esto. Llegué a Aberdeen hacia el final del verano de 1938. Mi deseo era estudiar sociología, pero Aberdeen no tenía un departamento en esa disciplina así que fui desviado hacia la economía política.

Permanecí en Aberdeen desde el trimestre del otoño de 1938 hasta el domingo de Pentecostés de 1940. Ese día, muy temprano, dos policías se dirigieron a mí amablemente, llamándome por el nombre de Paul y me pidieron recoger algunas pertenencias en una bolsa, porque debía ser internado temporalmente cerca de Aberdeen. El asunto fue mucho más largo, y fue mi despedida de Aberdeen. Antes de aquel memorable acontecimiento los extranjeros quedaban sujetos a complejas investigaciones para establecer su grado de confiabilidad. Se habían creado tribunales: comparecí ante el que presidía el Profr. Taylor, futuro *principal* de la universidad y entonces profesor de derecho. Las personas eran clasificadas en tres categorías: A, B, C La C significaba internación inmediata por ser un sujeto sospechoso. B implicaba controles regulares por parte de la policía, pero libertad. A significaba que todo estaba en regla y había libertad sin controles. Fui colocado en la categoría A y se me dijo que no solamente quedaría libre de toda restricción, sino que se me permitiría participar en el esfuerzo bélico.

En cuanto estalló la guerra había pedido enrolarme como voluntario en la aviación, aunque no tenía la nacionalidad británica. Comparecí frente a otro tribunal, fui interrogado y al fin recibí, curiosamente y con incongruencia típicamente británica, el aviso de llamada precisamente en el campo de internación. Cuando las tropas alemanas invadieron Bélgica y Holanda y corrieron voces de quintas columnas por todas partes, las autoridades británicas fueron dominadas por el pánico y ordenaron internar a todos los extranjeros de nacionalidad alemana o austriaca, incluidos aquellos a quienes los tribunales habían eximido de toda sospecha pero que vivían en zonas costeras. Nosotros fuimos transferidos de Banff, cerca de Aberdeen, a un edificio deshabitado en Huyton, cerca de Liverpool y luego a hoteles en el mar de Douglas, en la isla de Man. Recuerdo a un profesor de la Universidad de Aberdeen que lloraba en el tren que nos llevaba de Banff a Liverpool. En el campo de Banff, administrado con una mezcla de benevolencia y confusión, se me permitió presentar un examen universitario, que fue presidido precisamente por aquel profesor, y en base en el cual se me reconoció en 1944 un “Ordinary M.A.”

Mi profesor de economía en Aberdeen había sido Lindley Fraser, autor del libro *Economic thought and language*, que no ha recibido la atención que merece y que contiene un examen del significado de los conceptos económicos, cuidadoso y a veces casi escolástico, de alguna manera no muy diverso de la taxonomía practicada más tarde por Fritz Machlup, aunque inspirado por los estudios clásicos que Fraser había realizado en Oxford. Es un libro pleno de estímulos iluminadores. La persona que me había acogido calurosamente en Aberdeen y de quien mucho aprendí fue el *principal*, sir William Hamilton Fyfe. Fino estudioso clásico, rico de talento y argucia, dirigía la universidad como una escuela. Me acogió en su familia, me dio a conocer a Aristóteles y a Toynbee, y aunque era mucho mayor que yo se convirtió en un verdadero amigo. El personaje más brillante de aquellos días de Aberdeen fue quizá Rex Knight, profesor de psicología, Excelente conferencista, atraía un vasto público. Su esposa Margaret, de carácter más tranquilo, era probablemente una mejor estudiosa. En aquel entonces me interesaba la psicología social, y estimulado por el trabajo de Ernst Kris y Edgar Zilsel sobre la mitología del héroe, presenté a la asociación de estudiantes un escrito sobre la psicología de la biografía.

La internación era horrible: no tanto por la incomodidad, las raciones de alimentos insuficientes e insípidas, la compañía a veces desagradable, el exceso de población, el aburrimiento y el trabajo insulso; sino sobre todo por la inactividad cuando se habría querido estar en el centro de los acontecimientos. Algunos autores recientemente han sostenido que los prisioneros estaban bastante satisfechos de su situación y la consideraban como una vacación forzada aunque no desagradable. Es falso. Cada uno de nosotros tenía odio y rencor por ese ocio forzado. Era humillante haber sido rechazado por los austriacos por ser hebreo e internados por los ingleses por ser austriaco. Harold Nicholson y Richard Crossman, pocos meses después, lograron poner fin a esa estúpida iniciativa.

El 3 de julio de 1940 fuimos llevados a Liverpool y embarcados para el Canadá. Ese viaje en el Etrick fue una de las experiencias más tremendas de mi vida. En la nave vivíamos amontonados y rodeados de alambre de púas (de manera tal que sería muy difícil salvarnos si la nave hubiese sido echada a pique, y dormíamos en tres pisos: hamacas, mesas y abajo en el piso. Comíamos una sola vez al día y poco. Las condiciones de higiene eran espantosas. Muchos sufríamos de mareo y de disentería y no había asistencia médica. El conde Lingen, el sobrino del káiser, organizó un equipo de limpieza con escobas y baldes que trajo orden a aquello que se había convertido en un caos infeccioso.

En otra parte de la nave había prisioneros de guerra alemanes que eran tratados mucho mejor porque gozaban de la protección de la Cruz Roja. La nave que nos precedía en el viaje, la Arandora Star, había sido hundida y más de seiscientos prófugos que llevaba habían muerto. (Otra nave, Dunera, fue a Australia. Sus pasajeros fueron maltratados y robados). Curiosamente la característica menos desagradable de aquella situación fue la falta de espacio. Fue entonces que descubrí que mientras que el alimento, agua e higiene son necesidades esenciales, la casa y el refugio son costumbres adquiridas.

A la llegada a Quebec, el 13 de julio, después de haber remontado el estuario del San Lorenzo, fuimos conducidos a través de toda la ciudad a nuestro primer campamento, rodeados por carros de policía con sirenas encendidas. Nos ordenaron desvestirnos y nos quitaron dinero, relojes y objetos de valor. Nunca más les vimos. El campamento estaba estrechamente resguardado, con un cerco de alambre de púas, torres de centinelas armados y faros móviles. Por la noche las barracas, cuyas ventanas también tenían alambre de púas, eran cerradas con llave. Un pobre prófugo anciano, que trastornado y confundido vagaba por el campamento después del toque de queda, fue rápidamente derribado.

En Canadá las condiciones físicas, después de algunos días de extrema confusión, fueron mejores de lo que habían sido en Inglaterra. La comida era abundante, las barracas estaban bien calentadas, nos dieron uniformes de prisionero, incluidos sacos con un gran círculo rojo en la espalda. Los canadienses parecían muy contentos de poder contribuir al esfuerzo bélico, al menos custodiando a verdaderos enemigos particularmente peligrosos, quintas columnas disfrazadas de civiles, y se comportaban con nosotros con la brutalidad que esto ameritaba.

Nuevamente logramos desarrollar con éxito una universidad en el campamento. Dormíamos en camas dobles y mi vecino era Klaus Fuchs, que después fue famoso por ser espía soviético. Otros amigos prisioneros eran el científico (ahora sir) Hermann Bondi (al que había conocido muy bien en Viena), el cual trató de enseñarme matemáticas y que después fue el científico principal del Ministerio de la Defensa, el astrónomo Tommy Gold, que ahora se encuentra en Cornell (ambos fueron inventores, juntamente con Fred Hoyle, de la teoría cosmogónica del estado estacionario), y un maravilloso, melancólico, viejo historiador, Johannes Wilde, que instruyó a un pequeño grupo de nosotros sobre el arte de Venecia, mientras estábamos sentados en la oscuridad sobre vigas de hierro.

Después de seis meses transcurridos en distintos campamentos canadienses, el Parlamento británico empezó a comprender que en esos campamentos estaban desperdiciando recursos, además de cometer injusticias se presentaron interrogaciones formales por parte de diputados en el Parlamento, entre ellas una sobre mi persona; y un comisario para los prisioneros, Alexander Paterson, un cuáquero afable, fue enviado a Canadá para seleccionar a las personas a las que se debía hacer regresar y liberar. Era el momento de los mayores éxitos alemanes y algunos prefirieron quedarse en Canadá. Cuando visito ahora Toronto y leo la lista de maestros en la universidad, encuentro nombres de muchas personas que estaban conmigo en el campamento. Las personas enviadas a Canadá eran hombres por abajo de los treinta años (considerados por lo tanto particularmente peligrosos), más algunos personajes de mayor edad considerados “sospechosos”, entre ellos un comandante de una Brigada Internacional de la guerra civil española, el coronel Kahle y otros refugiados políticos no judíos. Regresamos en la Thysville, una pequeña nave de línea, en medio de un gran convoy y llegamos a Liverpool en la Navidad de 1940, durante una fuerte incursión aérea. Pero en lugar de ser liberados fuimos internados nuevamente en Huyton, cerca de Liverpool, donde habíamos estado antes de ser enviados a la isla de Man. Era un invierno frío, sin

calefacción, con pocos alimentos y condiciones de hacinamiento. Escuché, sin embargo, lecciones de espionaje, que nos dio un jefe del espionaje de la Primera Guerra Mundial, el capitán Von Rintelen. (Había escrito un libro titulado *The dark invader*, y nos decía: "no importa para qué lado trabajen, los principios son los mismos").

Después de dos o tres meses fui dejado en libertad, a condición de que me enrolase en los "Pioneer Corps". Yo esperaba algo más activo que excavar trincheras y pintar vigas de fierro, pero acepté con gusto la condición. El "Pioneer Corps" estaba mucho mejor que la internación, pero había algunas semejanzas. Para ello eran reclutados suboficiales u oficiales de escasa inteligencia, criminales, objetores de conciencia y "extranjeros enemigos": algo del mejor y algo del peor material humano. El trabajo era aburrido, pero teníamos nuestras noches de descanso y, si bien no éramos libres, no estábamos detrás del alambre de púas.

En el "Pioneer Corps" encontré a Arthur Koestler, destinado a mi unidad, la 251ª Compañía. Sus ideas sobre las oscilaciones entre la *vie tragique* y la *vie triviale* eran iluminadoras para gran parte de nuestra experiencia, tanto en la internación como, después, en la acción. Estas oscilaciones explican la jerga militar y las convenciones y fórmulas que tratan de asimilar lo trágico a lo banal. Para el nivel banal las experiencias de otro tipo son insensatas, exceso de excitación nerviosa o paranoia. Cuando se vive en el nivel trágico, las alegrías y dolores de otros son frívolos e inútiles. Admiré a Koestler por haber rechazado el privilegio de un cuarto privado y la exención de la obligación del trabajo manual a cambio de escribir una historia elogiosa de la 251ª Compañía del "Pioneer Corps". Pero era un prepotente, egoísta y antisocial que se bricaba siempre de su lugar en la fila para recibir antes el rancho.

Después de dos años se permitió a individuos bien seleccionados que pasaran a unidades de combate. En esa época me había distinguido en la carrera de fondo y fue por ello que se me dio la oportunidad de ser examinado en Londres para una misión secretísima. Un día mientras estábamos formados se nos dijo que deberíamos tomar nombres ingleses y biografías de cobertura por si se diera el caso de que los alemanes nos capturaran. De otra forma seríamos tratados como traidores y fusilados, por ser de nacionalidad alemana o austriaca. Sin pensarlo mucho, en pocos segundos cambié mi nombre de Hornig a Streeten, asumiendo como historia de cobertura la de mi familia adoptiva. Mis dos "tías solteras" estuvieron muy contentas de este disfraz.

Las entrevistas para la admisión al comando de la X-Troop se desarrollaban en un gran hotel de Londres transformado en cuartel militar. Fue el inicio de mi servicio en el No. 3 0 X-Troop de la Inter-allied commando del cual formaban parte polacos, belgas, holandeses, noruegos y franceses, y que los oficiales de marina, a quienes fui encargado, llamaban "Indian Army", no sé si por sus iniciales ("Inter-Allied" o por el color oscuro de algunos judíos.

Nos adiestraron en Aberdovey y fuimos enviados para otros cursos en Achnacarry en Escocia, en la isla de Wright y en otros lugares. Fue muy divertido, como un gran campamento de verano con muchos ejercicios físicos. Uno de los días más felices de mi vida fue cuando fui promovido a "Lance Corporal". Este episodio me parece que contradice la teoría de Fred Hirsch sobre los bienes posicionales. No todos desean ser generales o mariscales de campo. Para la mayor parte de nosotros los rangos intermedios mucho más numerosos son igualmente satisfactorios. El número de "bienes posicionales" ambicionados es por lo tanto bastante mayor de lo que reconoce Fred Hirsch (un tíouyo formaba parte de mi unidad, por cierto).

La camaradería era considerable en mi comando. Esto era aún más fácil ya que vivíamos en casas particulares que habíamos escogido y tomábamos parte en una amplia gama de actividades estimulantes. Organizábamos discusiones con los habitantes de la aldea y teníamos encuentros de ciudadanos. Era la época del Informe Beveridge sobre la seguridad social. Recuerdo haber participado en un debate en el que destruíamos a los cinco gigantes malvados de Beveridge: ignorancia, hambre, enfermedades, desocupación y miseria; mi gigante era la miseria. Mi adversario en el debate era la escritora galesa Berta Ruck (Mrs. Oliver Onions). El actual escepticismo sobre el estado social me hace pensar en aquellos días, en los que se había afirmado la noción de que a cada ciudadano debía garantizársele un nivel mínimo de sobrevivencia. Esto era considerado un estímulo, y no una inhibición, a la iniciativa de los hombres. La red de seguridad no era condenada como cómoda hamaca, sino que era considerada como algo que podía transformarse en un trampolín.

Entre mis compañeros había muchos hombres de valor, algunos con características más bien diferentes de aquellas que generalmente son apreciadas en la vida civil o académica. Las características sobre las que juzgamos a las personas en situaciones extremas, no sólo en la batalla o en una situación prolongada de peligro físico, sino también en una marcha fatigosa o durante un ejercicio difícil, son de alguna manera más fundamentales que aquellas con base en las cuales juzgamos a las personas en la vida ordinaria. Si dependiéramos de una barca que puede apenas sostener a dos personas ¿me lanzaría al mar o me ayudaría a subir? Si fuese herido, ¿me podría salvar bajo el fuego enemigo? O bien, si después de una larga marcha tuviésemos poco alimento ¿devoraría los últimos mendrugos? Las oportunidades para verificar estas actitudes se presentan raramente; puede ser que en la mayor parte de los casos no logremos valorar a las personas, aun a nuestros amigos, con base en estos criterios extremos. He observado que algunas personas, las cuales en las situaciones ordinarias de la vida cotidiana permanecen en la sombra, en caso de crisis pueden convertirse en héroes.

El 26 de mayo de 1943 fui separado de mi unidad y destinado a la . 41 Royal Marine Command y preparado para la invasión de Sicilia. Mi primera impresión del desembarco fue ¡qué barahúnda! No desembarcamos en la playa preseleccionada, no ocupamos la posición que se nos había asignado y algunos se habían olvidado hasta de las tijeras para cortar el alambre de púas. Mi segunda impresión fue que aun en la línea del frente hay largos períodos de inacción, solamente de espera, si bien en la primera semana de desembarco se nos ordenó no dormir, pero esa orden no fue obedecida. Mi tercera impresión fue la frecuencia con que las órdenes de batalla eran revocadas. Muchas veces estábamos ya en la nave desde la que debíamos ser lanzados para el desembarco, o en formación en un puerto, sólo para descubrir que la acción para la que nos habíamos preparado había sido anulada.

Sicilia fue en muchos aspectos excitante. El sol era esplendoroso, en el aire había perfume de especias, los campos estaban llenos de melones a los que acudíamos libremente, había grandes toneles abandonados llenos de vino y bahías desiertas en las que era placentero nadar. Yo aliviaba el aburrimiento de los períodos de espera organizando juegos y representaciones con turbas de niños desaliñados, que tenían un sentido dramático estupendo al interpretar partes llenas de pasión, o novelescas, amorosas o heroicas. Establecimos buenas relaciones con la población siciliana, que parecía sinceramente contenta de la llegada de los invasores.

El 9 de julio, pocas semanas después de nuestro desembarco en Sicilia, fui herido seriamente en Pachino, en la costa sudoriental de la isla. Considero ese día como un parteaguas muy claro. La noche anterior al desembarco detrás de las líneas en Scaletta, al sur de Messina, cerca de Taormina,

caminaba por las calles de Catania, en completa posesión de las facultades de todos mis miembros, sano y capaz; después no tendría nunca más la capacidad plena de usar el pie y el brazo izquierdos: nunca más canotaje, alpinismo, esquí, carreras.

Desembarcamos detrás de las líneas, a lo largo de la carretera y del ferrocarril que van de Catania hacia Messina, para impedir a los alemanes, que se retiraban, evacuar demasiados hombres y armas. Habíamos establecido una pequeña cabeza de puente y estábamos en el momento de ampliarla (entonces ya había sido promovido al vertiginosamente al grado de sargento), cuando un proyectil de 88 mm. cayó sobre la plataforma ferroviaria en la que combatía y me tiró. Siguiéron días de delirio y de inconciencia, aliviados por la morfina. Creo que una unidad médica me llevó por mar a Catania. De ahí me llevaron a Alejandría y a El Cairo, en el 15avo. hospital general escocés. Después me dijeron que no esperaban salvarme. En Egipto nunca pude ponerme en pie, pero desde el lecho del hospital podía ver por un lado las pirámides y por el otro los eucaliptos y el Nilo. En la Navidad de 1943 fui llevado a Glasgow en un barco hospital, sin escolta y de ahí a Sussex. Tengo todavía como recuerdo pedazos de *metralla* en el cuello, el cráneo y el brazo.

La estancia en el hospital duró cerca de un año, al final del cual regresé a Aberdeen a tomar mi Master of Arts en la Universidad. En los hospitales de Hayward's Health y de Pyrford había abandonado la idea de continuar los estudios y buscaba trabajo. Me ofrecieron un trabajo en el *Financial Times*, y ya pensaba aceptarlo en el momento de dejar el hospital, cuando se presentó la oportunidad de una beca bajo el Further Education and Training Scheme. Fui aceptado por el Balliol de Oxford para estudiar filosofía, política y economía. Llegué en un frío día del invierno, a finales de 1944, con el brazo izquierdo insertado en una complicada estructura de acero y unas vendas que los doctores pensaban podrían reactivar los nervios dañados. .

La guerra no había terminado aún y el Balliol estaba compuesto por varios grupos: una parte eran estudiantes no aptos para el servicio; otra, químicos y otras, científicos exentos y un pequeño número de ancianos ya separados del servicio. Este pequeño grupo se convirtió en avalancha al terminar la guerra, cuando ex oficiales ya maduros, acostumbrados a las guaridas viciosas de El Cairo y Kuala Lumpur, regresaron a la condición de estudiantes, bajo la supervisión de "Proctors" (censores) universitarios.

Si se hace excepción de un profesor de filosofía del New College que recomendaba leer solamente los libros por él escritos, tuve unos *tutors* maravillosos, entre los cuales estaban Maurice Allen y Thomas Balogh, cuyas concepciones económicas se integraban mutuamente. Aprendí mucho de economía de Frank Burchardt, que era de una claridad cristalina, pero aprendí más de Tommy Balogh, porque era tan confuso que tenía que regresar a mi cuarto y romperme la cabeza por mi cuenta. Los mejores *tutors* no son los más claros. Me gustaba escuchar a sir Hubert Henderson, que ironizaba con garbo sobre modelos y previsiones económicas. Michal Kalecki era otro docente estimulante. Su limitado conocimiento de la lengua e idiosincrasia inglesas era una ventaja, porque así estaba obligado a expresarse en términos muy sencillos y a presentar modelos bastante complicados de manera más lúcida. No sé si me haya enseñado más la confusión de Thomas Balogh o la sencillez y lucidez de Michal Kalecki. Sé en cambio que el haber estudiado filosofía contribuyó a hacerme comprender mejor la teoría económica, y haber estudiado ciencias políticas me ha hecho

comprender mejor la economía aplicada. Nadie que haya aprendido en Oxford podía confundir una identidad con una igualdad, como sucedía en Cambridge en los primeros tiempos de la controversia keynesiana sobre el ahorro y la inversión. La tercera línea que se agrega al signo de la igualdad lleva una diferencia crucial.

Había otros estudiantes (Donald McRae, Julius Gould, Ned Crosfield, Noel Gates, Ernest Gellner, Leonard Minkes, Martin Milligan) con los cuales bebía interminables tazas de chocolate frente al fuego, alimentado de un poco de carbón racionado. El calor de nuestras discusiones estaba en claro contraste con el frío que poco a poco se adueñaba de la habitación.

En el Balliol al final de cada trimestre cada estudiante es llamado ante el *master* y el *tutor*, el cual informa al *master* sobre el desarrollo de los estudios del “pupilo” hablando en tercera persona, como si el estudiante no estuviera presente. El *master* hace luego algunas observaciones. Recuerdo que una vez mi tutor, Maurice Allen observó: “*master*, él es listo para manejar los conceptos, pero no siempre elabora con cuidado cada paso del razonamiento” El *master*, A.D. Lindsay, se volteó hacia mí: “¡ve a elaborar cada paso!”

Permanecí en Balliol primero como *lecturer* por un año y luego como *fellow*. En esa época un grupo de economistas del Instituto de Estadística -Balogh, Worswick, Burchardt, Alan Flanders y yo- recibimos a un grupo de economistas alemanes para ponerlos al día sobre los avances de la ciencia económica durante y después de la guerra; algunos de nosotros correspondimos la visita a Alemania, participando en un convenio en Oberhausen. De estos encuentros nació mi primer artículo, sobre la teoría de la empresa, publicado en una revista alemana. Mi primer artículo publicado en Inglaterra trataba sobre la teoría de la utilidad y fue aceptado por Arthur Lewis para la *Manchester School*. Ambos intentos son críticos de la teoría predominante.

Cuando conseguí en Oxford el grado de *bachelor*, había pensado en un tema para la tesis de doctorado. Quería aplicar la teoría del duopolio o del oligopolio a la relación entre países. Había que dado impresionado por las “Notes on Ideal Output” de R.F. Khan y consideraba que las mismas ideas podían aplicarse a las decisiones de los gobiernos en materia de devaluación o de adopción de políticas comerciales alternativas. Las reservas de divisas extranjeras podían equipararse a la capacidad productiva en exceso, y las expectativas de represalia cubrían exactamente el mismo rol. Mi supervisor, J.R. Hicks, me disuadió de embarcarme en una tesis teórica y sugirió como argumento más adecuado los fletes marítimos. El nexo estaba en el hecho de que este era un ejemplo de competencia imperfecta en el comercio internacional. Yo no estaba muy interesado en los fletes marítimos, fui seleccionado para una *fellowship* por el Balliol College y abandoné la idea de obtener el doctorado. Creo que fue G. M. Meier el que escribió sobre fletes marítimos en su tesis.

Particularmente memorable fue el seminario Oxford-Cambridge-Londres que se desarrolló alternativamente en las tres ciudades. Los participantes eran estudiosos de las tres universidades. Asiduos y brillantes en las discusiones fueron Harry Johnson y Jan de Villiers Graaf.

En 1955-56 fui invitado como *visiting fellow* por la Johns Hopkins University y me ausenté de Balliol. El departamento de economía de Johns Hopkins University era un firmamento de estrellas de primera magnitud: estaban Simon Kuznets, Fritz Machlup, Evsey Domar, además de Edith Penrose, Clarence Log, Mark Perlman, Richard Muth y algunos óptimos estudiantes de posgrado. Entre los visitantes estaba Don Patinkin. Participé en un magnífico seminario de Simon Kuznets, y aprendí mucho de la taxonomía de Machlup. Director del departamento era Herberton Evans, que tenía la habilidad de atraer economistas de primer orden y de crear una atmósfera colegial. Esto es

más difícil en los Estados Unidos que en Inglaterra o en Europa, porque en la cultura norteamericana falta el "tercer lugar". El primer lugar es la casa, donde los hombres cortan el pasto, lavan los platos, juegan con los hijos y hacen el amor con su mujer, y dan cenas y recepciones. El segundo lugar es la oficina donde se doblan sobre las máquinas de escribir y hacen investigación o enseñan. Ahí hay también seminarios y reuniones. No existen lugares u ocasiones para encuentros ocasionales. Austria y Francia tienen las cafeterías, Inglaterra tiene los pubs y Oxford tiene las salas comunes, donde la gente puede encontrarse, charlar, acoger a los huéspedes para hallarse con amigos o sencillamente leer el periódico.

Para mí este tercer lugar es importante. Desafortunadamente en Estados Unidos falta, mientras en Oxford las condiciones para el tercer lugar eran ideales. Los filósofos Patrick Corbett y Marcus Dick, el politólogo Colin Leys y nosotros los economistas discutíamos y nos intercambiábamos escritos continuamente. Era trabajo interdisciplinar del mejor tipo. El enfoque de Thomas Balogh respecto a la teoría y política económicas no era muy distinto de la socialdemocracia apoyada por Otto Bauer. Después de convertirme en *fellow* colaboramos en diversos artículos y gozamos del continuado intercambio de ideas. Yo encontraba relativamente fácil poner en forma aceptable para la profesión las brillantes intuiciones que tenía Thomas. En particular criticábamos a los autores de la adopción de un sistema de cambios fluctuantes como método para combinar políticas nacionales independientes con la integración de un sistema comercial y financiero mundial. Recuerdo haber escrito en los primeros años de la década de los cincuenta un artículo sobre este tema. Harry Johnson se lo enseñó a Milton Friedman, quien le escribió diciendo que le recordaba un maravilloso cuadro abstracto sin ninguna relación con la realidad. Y sin embargo, ¿no podría ser descrita exactamente con las mismas palabras gran parte de la teoría económica de Chicago? Criticábamos también el acercamiento neoclásico a la instrucción, que atribuye a la instrucción impartida un rendimiento económico igual a los años de escuela formal.

Mi colaboración con Gunnar Myrdal fue diferente. Hacia 1949 me pidió traducir al inglés su obra *El elemento político en el desarrollo de la teoría económica*. Encontré correcto su enfoque crítico a los conceptos y a la modelística económica y su análisis de los juicios de valor, y de ello siguió un largo período de fructífera colaboración. Más tarde recogí sus escritos metodológicos en un volumen: *Value in social theory*, y fui estimulado a escribir la introducción a "Programas y prognosis"; pienso todavía que este contiene una crítica válida a la economía del bienestar, pero nadie se dio cuenta. En la época en que trabajé con él en *Asian drama* (con Michael Lipton y Bill Barber) Myrdal había asumido una actitud de desprecio hacia los razonamientos minuciosos y prefería pintar a grandes pinceladas. Me lo devolvió con cortesía por haber dedicado tanto espacio a una crítica en mi apéndice sobre la relación capital-producto en la planificación económica en Asia; para él era "filigrana". Se definía un pesimista con presteza; entendía con esto que, a pesar de considerar escasas las posibilidades de mejoría y de reforma, tanto más era necesario dedicar todos nuestros esfuerzos al intento de realizarlos. Esta filosofía armonizaba muy bien con la mía, de pedante utopista.

Entre los colaboradores más jóvenes, encontré particularmente cercanos a Frances Stewart y Sanjaya Lall, los cuales combinaban una fina inteligencia analítica y un profundo interés por los seres humanos y un sentido de lo que es importante y realista en el análisis económico.

Siempre he tenido más éxito como crítico que como apologista, propagandista o patrocinador. He sido un precoz crítico de la teoría de la empresa, de la economía del bienestar, del mercado común, de los modelos simplificadores, del crecimiento equilibrado, de la relación incremental capital-

producto, etc. Puede ser este el motivo por el que no me he sentido completamente a gusto, cuando al final de los años setenta el Banco Mundial me encargó ocuparme de las “necesidades básicas”.

Aunque trabajé con gusto y aprendí mucho en la Comisión India para la Planificación, en el Ministerio británico para el desarrollo de ultramar, en la sociedad para el desarrollo de la Mancomunidad, en la Comisión Real para la Contaminación del Ambiente, para el gobierno de Malta y en el departamento para planificación y programas del Banco Mundial, nunca he sido un “hombre de acción”. Ni me preocupé mucho del hecho de que nadie siguiera mis consejos. Me atrae sin embargo investigar sobre los motivos de la separación entre pensadores y hombres de acción, entre académicos y prácticos. Es más que una separación: muchas veces es un auténtico conflicto. Siempre he considerado como un desafío excitante la tarea de colmar la brecha o resolver el conflicto.

Mi primera experiencia de trabajo práctico, aparte de la administración del *college* y de una breve consultoría en la India, fue en 1964, cuando se me pidió colaborar con Barbara Castle, la primera ministra para el desarrollo de ultramar del gobierno laborista recién elegido. Sir Andrew Cohen era su secretario permanente y Dudley Seers el director general para la planificación económica. Se me pidió que fuera su "deputy". Fueron tiempos excitantes, porque no sabía todavía cuán limitadas fueran las posibilidades de cambiar el denso, viscoso fluir de la historia.

Thomas Balogh, que se había convertido en consejero económico del primer ministro, pensaba que los funcionarios de carrera conspiraban para obstaculizar el curso de las reformas laboristas. A mí no me parecían (salvo un caso de excepción) conspiradores, sino más bien personas deseosas de apoyarse en un sentido de dirección, pero que privadas de una guía así, seguían los precedentes y evitaban los problemas, escogiendo la conducta menos riesgosa. Parecían preocupados por saber qué cosas serían negociables, o qué cosas habrían aceptado los otros, más que de qué cosa fuera justa. El primer documento que pasó por mi escritorio trataba sobre tasas de interés preferenciales para los países en desarrollo. En aquel entonces existía solamente la tasa completa del Tesoro o tasa cero. Ni un solo argumento de aquel largo documento trataba sobre las bondades de la propuesta; todo el argumento trataba sobre la posibilidad de que las instituciones locales, o las industrias nacionalizadas inglesas, pidieran a su vez tasas preferenciales, si estas tasas se hubiesen concedido a los países con ingreso bajo. Sospecho que con esta mentalidad, los británicos tendían a caer ante negociadores más tenaces y frecuentemente reaccionarios; a favor de los franceses en la reforma monetaria internacional, de los noruegos por el petróleo en el Mar del Norte, etc.

Mi educación en Oxford y mi experiencia en la administración pública me han hecho consciente de la necesidad de incluir en el análisis económico las variables y los vínculos políticos. Pero la experiencia con los colegas de la administración británica me ha hecho comprender también la importancia de formular de manera clara lo que es deseable -independientemente de cualquier vínculo- aunque parezca utópico a la luz de lo que es aceptable, factible o negociable. Concluí que tenemos necesidad de pedantes utopistas o utopistas pedantes, con el pleno conocimiento de los detalles, pero también con una visión, una fantasía informada. No sólo la excesiva preocupación por lo que es factible es la antecámara de la derrota, sino que también los acontecimientos cambian, y aquello que ahora parece imposible puede de manera imprevista convertirse en factible, y si no estamos listos con proyectos cuidadosamente concebidos, la oportunidad de realizar una reforma se perderá.

También he descubierto que el género humano se compone de dos tipos: moluscos y mamíferos (y probablemente cada uno de nosotros está de tiempo en tiempo más cercano a uno u otro) Los

moluscos son de cubierta dura, resistente y rígida, pero cuando se les somete a presión, se deshacen en un fango sin forma. Los mamíferos son suaves, cálidos y blandos en el exterior, pero están sostenidos en su interior por una espina dorsal sólida y fuerte. He quedado sorprendido al ver que personas que habían sostenido firmemente un punto de vista, han cambiado completamente de parecer cuando el sistema de recompensas y sanciones ha hecho que el cambio sea conveniente para ellas. Buenos ejemplos de mamíferos son James Monahan, el oficial de nuestro "Commando" y Bill Davies.

Quedé sorprendido del provincialismo del Partido Laborista en el poder. Cuando estaba en la oposición y durante la campaña electoral, abundaban las declaraciones de solidaridad hacia la comunidad internacional. De manera evidente el mundo parece ser hoy "una sola familia" más de lo que parecía hace cuarenta años. El avión a reacción, el télex, la televisión vía satélite, las naves *containers*, los superpetroleros y los grandes barcos para el transporte de minerales nos han acercado mucho y la televisión ha destruido antiguas imágenes. Una publicidad del Concorde decía: "El mundo se está reduciendo a la mitad"; Marshall McLuhan nos dice que "la nueva interdependencia electrónica recrea el mundo bajo la apariencia de una aldea global". Las numerosas actividades de las Naciones Unidas, el formidable crecimiento de las sociedades multinacionales, los intentos de unir continentes enteros en mercados comunes, las florecientes organizaciones voluntarias y mundiales, nos han dado una estructura institucional para la cooperación internacional.

Pero esta estructura no es utilizada, o bien es utilizada para dañar a otros en nombre del interés nacional. En muchos aspectos nos hemos encerrado en nosotros mismos, considerando de manera cada vez más miope el interés de nuestro país y el de sus ciudadanos. Los partidos socialistas de los países industriales de Occidente eran los pioneros de la solidaridad internacional antes de la Primera Guerra Mundial; este internacionalismo se derrumbó con la Segunda Guerra Mundial. Ahora las referencias amistosas a los problemas internacionales en los planos nacionales, en publicaciones, en manifiestos, en discursos y en otras declaraciones son mucho menos frecuentes (y menos convincentes) de lo que eran hace setenta años. La frase "trabajadores de todo el mundo, uníos" no tendría ningún arrastre, casi ningún significado, para un moderno obrero de una fábrica. Como escribimos en 1972 Dudley Seers y yo en un artículo conjunto: "los resultados obtenidos por el Partido Laborista han sido vergonzosos, sobre todo si se comparan con las promesas electorales (en las cuales algunos de nosotros tuvimos la ingenuidad de creer). Particularmente dañina fue la negativa de todo intento de inducir a la opinión pública para que aceptase una estrategia más internacionalista y orientada hacia el desarrollo".¹

En el Ministerio descubrí pronto la ley del "racket", con base en la cual una buena iniciativa, institución o procedimiento es rápidamente "secuestrada" por las personas equivocadas y torcida en su favor. Voluntary Service Overseas (el equivalente británico del Peace Corps) fue empleado para subsidiar la enseñanza del inglés en escuelas de ricos, reforzando así los privilegios y las diferencias de riqueza. El programa de libros a bajo precio, con el cual se querían poner a disposición de los estudiantes de la India a precios subsidiados, fue aprovechado por un editor con conexiones políticas para deshacerse de sus existencias en almacén de libros de texto obsoletos. Fenómenos de este tipo recuerdan el Principio Le Chatelier.² En el contexto de la India Raj Krishna lo define "socialismo

¹ Dudley Seers y Paul Streeten, "Overseas Development Policies", en *The labour government's economic record 1964-1970*, de Wilfred Beckerman, Duckworth, Londres, 1972.

² En síntesis ese principio afirma que, si se cambia un factor de un equilibrio químico, se determina una reacción que cambiará ese factor en dirección opuesta (N. de T.).

primer round”. En los “rounds” sucesivos, racionamientos, controles de importaciones, regímenes de concesiones o de licencias, todos refuerzan monopolios y privilegios.

Hoy se me etiqueta como economista del desarrollo, pero mis intereses no siempre han estado en ese campo. La actividad de la enseñanza obliga a cubrir la gama completa de los argumentos, aunque el hecho de que al Balliol fuéramos dos economistas, permitía a Thomas Balogh enseñar economía aplicada y a mí teoría económica. Mis sectores preferidos han sido finanzas públicas, el comercio internacional, la economía del bienestar y la metodología.

En los primeros años de la década de los sesenta fueron tres factores los que concurrieron para atraer mi interés por el desarrollo. En primer lugar mi crítica de los escritos de Rosenstein-Rodan y de Nurkse sobre el crecimiento equilibrado; esta crítica podía aplicarse de igual manera al Mercado Común Europeo; y de hecho, el ensayo sobre el crecimiento desequilibrado apareció en mi volumen *Economic integration*. En segundo lugar, Gunnar Myrdal se dirigió nuevamente a mí para que le ayudase en su *Twentieth century fund study of Asia*, publicado finalmente con el título de *Asian drama*. Estaba además mi interés, ya mencionado, por la comunidad mundial y mi crítica de los estados nacionales y del nacionalismo, que consideraba una forma de herejía. El trabajo de escritorio precedió sin embargo al trabajo de campo, ya que visité la India por primera vez en 1963, cuando mis contribuciones a *Asian drama* ya habían sido escritas.

Me he interesado de manera particular y tengo gran afecto por dos países; uno muy grande con 700 millones de habitantes, el otro muy pequeño con 300 mil: la India y Malta. El contraste entre los dos me ha enseñado mucho sobre el papel del comercio exterior, de la tecnología, de los grupos de interés particulares, y así por el estilo. Mintoff, el primer ministro de Malta, no tenía que hacer otra cosa sino bajar al puerto y dirigirse a los trabajadores del puerto en el lenguaje que ellos conocen para que redujesen sus exigencias salariales. Como ha dicho Jagdish Bhagwati a propósito de Barbados, “no existía evidentemente una distinción sensible entre el análisis de los equilibrios parciales y el del equilibrio general”. La de Malta es por ello la historia de un gran éxito económico en Europa. La India, en un principio la predilecta de la comunidad del desarrollo, ha sido después muy criticada. Algunas de las industrias de sustitución de importaciones, condenadas por la mayor parte de los economistas como “ineficientes” y excesivamente costosas, se han mostrado ahora como robustas exportadoras. La agricultura florece, y después de la independencia no ha habido carestía. Contrariamente a muchas previsiones, y a pesar de muchas fuerzas centrífugas, la India se ha mantenido unida como entidad nacional y se ha convertido en una gran potencia industrial. Es la democracia más grande del mundo. Los oleajes de la opinión sobre la situación económica de la India han sido más violentos que aquellos de la política económica de la India, que ha tenido una dirección estable.

En 1963 acepté la invitación de P.C. Mahalanobis para trabajar en Nueva Delhi en el Instituto de Estadística de la India con Pitambar Pant sobre los problemas de la planificación de ese país. Pitambar era un personaje carismático, que se aprovechaba de su doble cargo de jefe del instituto y de la división de planificación de la Comisión India para la Planificación para integrar los dos organismos, así que de hecho me convertí en miembro de la administración de la India y trabajé en el difícil presupuesto de Morarji Desai de 1963. Pitambar Pant había desarrollado la estrategia de “necesidades mínimas”, que se proponía desterrar rápidamente la miseria (en escritos recientes se hacen fábulas indicando que los pioneros de los cincuenta habían ignorado la miseria). Pero porque creía en la ley de bronce de Pareto sobre la distribución del ingreso, su modo de atacar la pobreza pasaba por el rápido crecimiento de toda la economía. Nuestro trabajo en los primeros años de la década de los

sesenta en la India y en los últimos años de los setenta en el Banco Mundial tenían objetivos idénticos, solamente se diferenciaban en cuanto a los medios por utilizar. Mi experiencia de trabajo en la India me dio una probada de lo que sería mi trabajo sucesivo en el Ministerio británico para el desarrollo de ultramar.

En Austria se utiliza un término, *zivilcourage*, que no es fácil de traducir. Valor “moral” sería demasiado, y más aún valor “espiritual”*. Ciertamente no está en relación con el valor físico, dado que he visto hombres de gran valor físico que no tenían *zivilcourage* para nada. Significa tener la fuerza para tomar una posición contraria cuando todos los demás han expresado sus opiniones y están de acuerdo sobre algo que uno considera equivocado. Es algo diferente de la integridad intelectual, ya que esta no es incompatible con el silencio. Es una virtud que siempre he admirado, habiéndola encontrado rara y preciosa.

En mi vida he conocido dos guerras mundiales (la primera no de manera completa y no conscientemente), una anexión “pacífica”, tres revoluciones o golpes de Estado y dos emigraciones. Puede ser a causa de estos grandes cambios que me considero sin raíces, al menos de raíces que penetren en la tierra; mis raíces son aéreas, como antenas que me hacen ciudadano de una comunidad mundial.

Creo que en mi vida la parte derivada del caso ha sido fundamental. Pocos acontecimientos importantes fueron planeados o se resolvieron en la manera deseada. El haberme transferido a Inglaterra, el haber estudiado economía en lugar de sociología o leyes, el haberme convertido en economista, el ser un intelectual en lugar de un atleta, el haber encontrado la muchacha que en 1950 en Washington se convertiría en mi esposa y el vivir ahora en los Estados Unidos son todos acontecimientos accidentales. Lo es también mi nombre y el hecho de que estoy vivo todavía después de haber sido mortalmente herido. Y sin embargo, *a posteriori*, todos estos acontecimientos casuales parecen ligados por un cierto diseño.

*N. del T. Valor civil es adecuado en española